



Doctor Asesino

Cinco casos reales

En medicina existe un precepto que nos inculcan desde el primer día de clases. Es una frase en latín que la mayoría de las personas que laboran atendiendo pacientes conoce.

Primum non nocere.

Lo primero es no hacer daño. Una premisa obvia si lo más importante es la salud de la persona que está bajo su cuidado. Lo malo es que algunas veces lo obvio no aclarado pasa desapercibido. En otras ocasiones, lo obvio queda supeditado a los intereses personales. Cuando eso ocurre, cosas terribles pueden pasar.

El personaje de mi primer libro es un obstetra que asesina embarazadas. La mayor parte de los lectores que se acercaban a darme su opinión mencionaban que la idea les parecía terrorífica, ya que no conozco persona, fuera del ámbito de la salud, que no tenga cierto temor a los hospitales. Es fruto de no tener el control sobre lo que pasa alrededor. De tener que confiar a un extraño una de las cosas más preciadas que tenemos: La vida propia o la de un ser querido.

Yo les respondo con la verdad. La idea del personaje era esa. Crearles esa sensación de desasosiego al enfrentarlos con una pesadilla que no esperaban encontrar. Un médico que disfruta asesinando. Ahora, no es una idea original, tengo que reconocerlo. La historia está plagada de casos reales de médicos que decidieron romper las promesas dichas en voz alta el día que recibieron el diploma, en busca de una ganancia personal.

Primum nocere. Lo primero es hacer daño.

A continuación, cinco casos de médicos que decidieron jugar a ser Dios en su máxima expresión.

1. Michael Swango (El escapista)



Nació en Estados Unidos (1954). Su padre era soldado de la Armada de los Estados Unidos (luchó en Vietnam y tenía problemas de alcoholismo y depresión). Era muy inteligente, ocupando los primeros lugares en la secundaria y universidad, donde obtuvo el título de Sigma Cum Laude y un premio de la Asociación Americana de Química. Luego, se matriculó en la Facultad de Medicina (Southern Illinois Medical School of Medicine), pero aquí empezaron a ser evidentes algunos problemas de comportamiento.

Las rotaciones médicas lo aburrían. Prefería estar en una ambulancia, donde podía satisfacer su mórbida fascinación con los pacientes moribundos. Aunque nadie le dio importancia en su momento, varios pacientes de Swango terminaron teniendo emergencias que pusieron en peligro sus vidas (cinco fallecieron al final). Estuvo a punto de ser expulsado cuando en su último año se descubrió que había falsificado varias evaluaciones durante su rotación de ginecología y obstetricia (para los que no son médicos, ese es un pecado mortal en medicina). Sin embargo, uno de los profesores decidió darle una última oportunidad y se graduó un año después.

Hizo su internado en el Centro Médico de la Universidad de Ohio, donde luego planeaba hacer una residencia en neurocirugía. Fue durante ese año que varias enfermeras empezaron a notar que la tasa de muertos entre sus pacientes era mayor de lo esperado. Luego de que una de ellas lo atrapara inyectando una “sustancia extraña” a un paciente, presentaron sus sospechas a los administradores del hospital. Su respuesta fue acusarlas de paranoicas y el asunto quedó allí, pero por su pobre desempeño no fue contratado para la residencia que esperaba conseguir.

Eso no detuvo a Swango, que consiguió un trabajo como técnico de Emergencias Médicas. Los paramédicos del servicio empezaron a notar que cada vez que el joven doctor hacía el café o les traía

algo, varios de ellos enfermaban sin motivo aparente. La policía lo arrestó al descubrir arsénico y otros venenos en su posesión y lo sentenció a cinco años de prisión.

Al salir de la cárcel trabajó en varios lugares y en muchos de ellos se repitieron los episodios de enfermedad súbita de las personas que laboraban con él. Luego se casó y cambió su nombre legalmente a Daniel J. Adams. Bajo esa nueva identidad y falsificando todo tipo de documentos (desde una carta del Departamento de prisiones de Illinois, donde cambiaba su record policivo, a una carta del Gobernador de Virginia Gerard L. Baliles, que le restauraba su derecho a votar y a servir en un jurado) consiguió trabajo en el Centro Médico de Sanford USD. Su error fue tratar de unirse a la Asociación Médica Americana. Ellos hicieron un exhaustivo trabajo de revisión y descubrieron las mentiras. Gracias a un programa de televisión sobre Swango que salió al aire el Día de Acción de Gracias de 1992, las llamadas de la AMA y de otros colegas asustados al descubrir su identidad, Sanford despidió al asesino. Su esposa, una enfermera llamada Kristin Kinney, lo dejó, con lo que mejoraron las migrañas que no la dejaban descansar desde que se casó.

Swango logró desaparecer del radar por un tiempo, durante el cual consiguió una posición como residente de psiquiatría en la escuela de medicina de Stony Brook en Nueva York. Una vez más, sus pacientes empezaron a morir y cuatro meses después Kinney cometió suicidio (la autopsia reveló arsénico en su organismo). La familia logró averiguar su paradero y poner en aviso al hospital. Tuvo que admitir sus mentiras y Swango fue despedido.

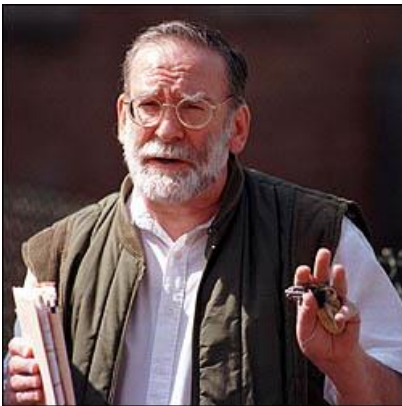
Como sus últimos crímenes se cometieron en un hospital de veteranos, el FBI empezó a interesarse en él, pero ya era demasiado tarde. Swango había salido del país. En 1994 encontró trabajo en un hospital de Zimbawe (Mnene Lutheran Mission Hospital), donde el patrón se repitió. Las sospechas de una mano criminal no demoraron en llegar y aunque no lo pudieron probar, fue despedido. Sin embargo, una de sus pacientes que sobrevivió acudió a un médico particular, quien sospechó un envenenamiento con arsénico y la policía de Zimbawe, por medio de la Interpol, le pasó la información al FBI. Swango, sintiendo la mano de la policía cerca, escapó a Zambia y luego a Namibia. Allí aplicó para un puesto en el Hospital Real de Dhahran en Arabia Saudita (1997).

Mientras tanto, el FBI consiguió ayuda de la DEA para arrestar a Swango. Usando el argumento de que por medio de mentiras consiguió entrar a un hospital de veteranos, donde podía prescribir narcóticos, Swango fue arrestado en el Aeropuerto Internacional de Chicago O'Hare mientras esperaba su vuelo a Arabia Saudita.

Ante la evidencia y la posibilidad de tener que hacer tiempo en una prisión de Zimbawe, aceptó los cargos de tratar de engañar al gobierno y fue sentenciado a 3 años y medio, durante los cuales no podía manipular drogas ni alimento alguno. La justicia no se durmió en sus laureles y aprovechó la oportunidad para recoger más información. Cuerpos fueron exhumados (encontrándose arsénico en varios de ellos) y más evidencia fue descubierta de su participación en otros casos con desenlaces fatales.

Fue acusado el 17 de julio de 2000. Aunque en un principio dijo ser inocente, en septiembre, ante la amenaza de la pena de muerte o de ser extraditado a Zimbawe, aceptó los cargos. Fue sentenciado a tres cadenas perpetuas consecutivas. Se calcula que pudo ser responsable de entre 35 y 60 muertes.

2. Harold Shipman (El más prolífico).



Nació en Inglaterra (1956). Segundo hijo de una pareja de trabajadores y devotos metodistas. Su madre murió de cáncer de pulmón cuando tenía 17 años. Se casó y tuvo cuatro hijos. Se graduó de la Escuela de Medicina de Leeds en 1970. Empezó a trabajar como médico general en 1974, pero al ser atrapado falsificando recetas de Demerol para su uso personal, fue multado y tuvo que acudir a una Clínica de Rehabilitación en York, tras lo cual cambió de sitio de trabajo y se convirtió en un pilar de su comunidad (Hyde) hasta que la verdad salió a la luz.

Todo empezó con la acusación de una doctora (Linda Reynolds) y los dueños de una funeraria que consideraban que el número de muertes de adultos mayores entre los pacientes de Shipman era demasiado alto, incluyendo el número de solicitudes de cremación entre los mismos. La policía fue informada de los hechos, pero no se le prestó la atención debida y abandonó la investigación.

Dos meses después murió su última víctima (Kathleen Grundy). Shipman firmó el certificado de defunción y la causa de muerte fue “Vejez”. Sin embargo, cuando la hija supo que el testamento la dejaba a ella y a sus nietos fuera del mismo, mientras que su doctor recibía una sustanciosa herencia, se dispararon las alarmas. El cuerpo fue exhumado y se encontraron trazas de diamorfina en el cadáver. Shipman fue arrestado y en su casa se encontró la máquina de escribir usada para falsificar el testamento de la señora Grundy.

La investigación reveló otros quince casos sospechosos, con un patrón similar. Personas mayores que recibieron una dosis letal de diamorfina. Shipman firmó el certificado de defunción y falsificó los expedientes, pintando enfermedades y condiciones médicas más graves de lo que eran en realidad. Fue sentenciado el 31 de enero de 2000 a quince cadenas perpetuas consecutivas por la muerte de las quince pacientes, aunque una investigación posterior encontró que Shipman fue posiblemente responsable de por lo menos 250 muertes, convirtiéndose en el asesino serial más prolífico en registro. El 13 de enero de 2004 se suicidó en su celda, colgándose con sus propias sábanas de los barrotes de la puerta.

3. Louay Omar Mohammed ai-Taei (El político).

Médico iraquí que durante un periodo de seis meses cobró la vida de 43 personas. Se graduó de la Universidad de Mosul en el 2003, el mismo año que los Estados Unidos invade su país. Con los ataques armados a la orden del día, el Hospital de Al-Jumhuriya (en la ciudad de Kirkuk) agradecía cualquier ayuda que les llegara. La presencia del joven doctor en el Cuarto de Urgencias del hospital fue bien recibida, lo que facilitó su trabajo. Su odio por los norteamericanos y los que los ayudaban fue su excusa para romper sus principios y empezar la matanza.

Su primera víctima fue un teniente de la policía de Kirkuk, quien se recuperaba de una cirugía para remover una bala de su pecho. Todos pensaban que se recuperaría, pero una visita inesperada y una mano que cerró el oxígeno que recibía, cambiaron el pronóstico del paciente que murió en menos de treinta minutos.

Después cambió de *modus operandi* y empezó a utilizar inyecciones con un poderoso y letal coctel de drogas, el cual modificaba según cada caso. Si el paciente sangraba, usaba medicamentos que lo mantuvieran sangrando hasta morir. Su esperanza era que la confusión general y la ausencia de un adecuado protocolo de autopsias lo mantendría lejos de la mira de la policía. A la vez, se involucró en el proceso de ayudar a los insurgentes, ya fuera facilitando su huida del hospital a pesar de la vigilancia armada o atendiéndolos al ser heridos.

Un año antes fue reclutado por Ansar al-Sunna, uno de los más letales grupos islamitas de la zona, por un hombre llamado Abu Hajer, quien le prometió que solo requerían sus servicios para curar a sus heridos y que ellos solo atacarían norteamericanos. Sin embargo, cuando Abu Hajer le pidió que terminara el trabajo que sus hombres no pudieron hacer con un teniente de la policía de Kirkuk, quien de alguna forma sobrevivió un disparo al pecho, el doctor Louay no se negó. Por cada asesinato, le pagaban 100 dólares.

Pudo seguir matando, pero el arresto de un miembro de Ansar al-Sunna puso fin a sus acciones. Su confesión incluyó información que les permitió desarticular una red de militantes árabes y kurdos que laboraban en la región, y el nombre de Louay.

4. Sigmund Rascher (El investigador).



Tercer hijo de un doctor, Sigmund estudió medicina en Munich. Al terminar su internado se unió a la SA (Sturmabteilung, que era un ala paramilitar del partido nazi) y en 1939 fue transferido a la temida SS. Se casó con la cantante Karoline Diehl, lo que representó para él quedar dentro del círculo del poder al entrar en contacto con Heinrich Himmler (se dice que Diehl fue amante de Himmler).

Rascher estaba interesado en probar un extracto vegetal en el tratamiento del cáncer y el entonces encargado de salud del Reich, el doctor Kurt Blum, estuvo de acuerdo. Su idea original era probar el extracto en roedores, pero Rascher quería pasar directamente

a los sujetos humanos y gracias a su relación con Himmler consiguió que se iniciara una Estación de Prueba de cáncer en humanos en Dachau.

Ese fue el principio de toda una serie de experimentos realizados con la aprobación de Himmler, que se encargó de conseguirle los sujetos de prueba en la forma de prisioneros. Uno de sus primeros experimentos fue probar el efecto de las altas altitudes, usando cámaras de presión portátil. Después siguieron los experimentos de tolerancia al frío, donde evaluaba cuanto tiempo demoraba un prisionero en morir de hipotermia en aguas congeladas y cuál era la mejor forma de calentarlos en caso de sobrevivir la inmersión. Otra de sus ideas era el uso de una sustancia llamada Poligal, hecha de extractos de manzana y remolacha, para prevenir las hemorragias en heridos en batalla. La forma de probarlo fue darles tabletas de Poligal a prisioneros en Dachau y luego dispararles en el pecho, cuello o amputarles una extremidad sin anestesia para ver si no se desangraban.

A pesar de esto, Rascher no fue uno de los médicos juzgados en Nuremberg. El destino lo alcanzó antes. Rascher intentó demostrar que se podía incrementar la población extendiendo la edad de procreación de las mujeres. La prueba era su propia esposa que a los 48 años ya llevaba tres hijos. Himmler uso el caso de la familia Rascher como ejemplo de la familia aria perfecta, lo que conllevó beneficios adicionales (frutas y chocolates, entre otras cosas). Sin embargo, la señora Rascher fue arrestada al tratar de secuestrar un bebé. Una investigación demostró que sus tres hijos fueron resultados de secuestros o fueron comprados, ya que Diehl no podía tener hijos. Himmler se sintió traicionado. Esto aunado a otras acusaciones de irregularidades financieras y fraude científico fueron los argumentos usados para condenarlos sin juicio a los campos de concentración. El 26 de abril de 1945, Sigmund Rascher fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento en Dachau, tres días antes que los aliados liberaran el campo.

5. Hu Wanlin (El tradicional)



Nació en China (1949) y es un médico tradicional. Completó su educación primaria, pero no fue ajeno al crimen desde temprana edad. Estando en prisión en 1993 (por homicidio intencional, estafa y trata de blancas) decidió abrir un consultorio médico. Salió de prisión en 1997 y se mudó a la provincia de Shanxi, donde abrió dos clínicas. Un año después las autoridades las cierran por considerar su práctica ilegal. Eso lo obliga a moverse a otra provincia y en Henan abrió un nuevo negocio que llamó “Tratamientos Hu”. Allí practicaba el arte médico del Qigong (respiración profunda) y recetaba tratamientos a bases de hierbas. A pesar de la creencia popular que los tratamientos naturales son saludables, los de Hu Wanlin contenían altas dosis de sulfato de sodio, el cual es usado como desecante en la industria química. Su teoría es que la mayor parte de las enfermedades son causadas por el agua y que para curar a las personas hay que deshidratarlas con medicina mágica (sales). Como consecuencia de esto, murieron más personas, atraídas por sus promesas de poder curar el cáncer, la hipertensión y la hepatitis. Entre sus víctimas se encontraba el alcalde de la ciudad de Luohe en Henan.

La investigación del caso reveló que otros pacientes habían muertos en sus clínicas en Shanxi. Se le juzgó por practicar la medicina sin licencia y fue condenado a 15 años de prisión, la revocación del derecho a voto por cinco años y una multa de 150 mil yuanes (23 mil dólares). Se le redujo la condena y fue liberado en el 2011, pero dos años después terminaría en prisión nuevamente al estar involucrado en la muerte de un estudiante que formaba parte de un grupo de pacientes en un retiro a cargo de Hu. Otro de los pacientes también estuvo a punto de morir, pero fue tratado a tiempo. Como consecuencia de este último episodio, fue condenado a quince años de prisión por... practicar la medicina sin licencia.

Muchos más nombres entran en esta lista, pero escogí estos cinco como una pequeña muestra de las personas que pueden cruzar su camino. Usted pone su vida en sus manos y confía en ellos porque no tiene otra opción.

No se asusten. El número de médicos dedicados a su trabajo supera con creces el de criminales y asesinos. Desde un punto de vista estadístico, la próxima vez que pise un hospital o la secretaria de su doctor le diga que puede pasar, es casi seguro que esté en buenas manos.

Sin embargo, siempre está ese pequeño porcentaje.